

petabilidad y á su sagrado ministerio todo el esplendor del sacerdocio.

Esta virtud celestial estaba á cubierto de los ataques de sus enemigos con el escudo de la humildad, con el broquel de la mansedumbre, porque ambas cosas formaban el carácter del P. Huesca. Parecía que las trajo desde el vientre materno, que habian nacido con él y que sin el trabajo de buscarlas, se encontraba con tan preciosas margaritas; pero no fué así, ellas se recomendaban tanto más, cuanto que fueron adquiridas á fuerza de continuos vencimientos y luchando contra los impulsos de un génio fuerte, vivo y delicado, que con los auxilios de la gracia logró dominar. El alto concepto que de él tenían los preladados diocesanos y la amistad que le dispensaban; la estimacion que se merecía entre las clases distinguidas; el respeto y veneracion con que los pueblos acataban sus virtudes; la honrosa fama que ellas esparcían aún en las ciudades donde solo era conocido en nombre; la misma altura á que lo colocaron las augustas funciones de su ministerio; todo esto servia para que realizara más su profunda humildad, pues si á los ojos de todos era grande, á los suyos era muy pequeño. Por eso

le oimos con edificacion, decir cuando á su pesar sabia las caidas graves de personas distinguidas, las palabras que en iguales casos usaba San Felipe Neri; "Téngame Dios de su mano, porque si no, cometeré cosas peores." Y cuando leia documentos edificantes ó escuchaba los hechos virtuosos de otras almas justas, confundido y como avergonzado delante de Dios, repetía con sentimiento y lágrimas la confesion que en tales casos ponía la humildad en los labios del santo Abad del Clavay: que se juzgaba falto de las virtudes que admiraba en sus hermanos, y con solo el nombre de monje. La memoria del P. Huesca recordará otros hechos que nos enseñaron que supo ahondar bien profundo el cimiento sobre que levantó muy alto el edificio de la perfeccion.

Cariñoso con todos, y sin esperar á que se implorase su favor; estaba pronto para aliviar la pena del que sufría. No solo los padres mercedarios, sino casi todo el clero de Puebla y aún los señores curas de los pueblos de la Diócesis, le buscaban frecuentemente, ó para consultarle los casos difíciles que el ministerio les presentaba, ó para interesarle en el éxito de algun grave negocio que les

desvelara, ó para desahogar en parte alguna pesadumbre mortal, y sus resoluciones, y sus consejos, y aun su conversacion, tranquilizaban las conciencias, alentaban los ánimos y volvian la paz perdida, porque tenia más talento que el que se adquiere á fuerza de estudios; poseyendo la ciencia infusa que Dios concede á sus escogidos; y él era en todo y por todo uno de los Pescadores electos á la márjen del Tiberiades, para ser los apóstoles fundadores de la divina religion del cielo.

Entre las prácticas piadosas con que alimentaba su espíritu y que le alcanzaron de Dios muy abundantes gracias, y para triunfar del demonio en los tremendos combates que frecuentemente le presentaba, dos fueron, entre otras cosas, sus predilectas, la salvadora devocion del Corazon paciente de Jesus y la del de su santísima Madre. Por muchos años acostumbró consagrar los Domingos á la beatísima Trinidad, los lunes á las santas almas del purgatorio, los martes á los coros angélicos, los miércoles á todos los santos de la corte del cielo, los jueves á la Sagrada Familia, iuclusos los padres de Señor San Joaquin y Señora Santa Ana, San Estolano, Santa Emerenciana, Yesca y Matan, á cuyo culto

dedicó el Camarin de la Santa Casa de Loreto, los viernes al sagrado Corazon de Jesus y los sábados al inmaculado Corazon de María. El amor verdadero no puede estar oculto ni se puede disimular cuando se trata del amado y particularmente al recordarse las finezas y los heroicos sacrificios á que le ha empeñado el amor. Por eso los tormentos, los oprobios y la muerte de Jesus, conmovian tanto su corazon, y le consternaban tanto, que por más que se esforzaba en contener las lágrimas y en sofocar los suspiros, le era imposible conseguirlo, siempre se notaban tan expresivas emociones, cuando se trataba de la pasion de Cristo ó de los dolores de María. Tenia gran dificultad para contiunar el discurso, principalmente en las tandas de ejercicios que dió por mucho tiempo en la Merced, y en el retiro que en union de muchos acostumbró los dias de la semana Mayor, se le anudaba la garganta, y casi siempre acababan sus pláticas, los sollozos de los circunstantes conmovidos á la irresistible fuerza de la gracia que enmudeciendo al padre de que se trata, les hablaba tanto alto, y con tanta elocuencia y persuacion. Casi nunca leia en voz alta libros que tocasen tales materias sino que

se complacis de oírlo que otros veían á su presencia, para ocultar mejor la suma congoja que oprimia su corazón. Iguales sentimientos se le advertían siempre que celebraba el augusto sacrificio; lágrimas y gemidos que edificaban; pero que le causaban grande mortificación, cuidó mucho de ocultar en el altar para no distinguirse del común de sus compañeros, y ese disimulo era el que más realce daba á su virtud; á la manera del águila caudal, que mientras más desciende, adquiere más fuerza para volar y se remonta hasta los cielos. Tuvo, pues, este admirable padre el don de lágrimas, por la abundancia con que las derramaba, en todos sus actos piadosos, y siempre que hablaba de Dios.

Sufrió muchísimo con la persecucion de la Iglesia, así por lo que consternaron su corazón las leyes dictadas contra ella y sus ministros, como tambien por la desmoralizacion que aquellas causaban en los pueblos. Celoso como Elías, de la gloria de Dios y del respeto á las cosas sagradas, preferia la muerte á una vida amarga que habria inmolado gustoso, con tal de lograr el remedio de tantos males. Las repetidas noticias que la prensa daba de los horrendos sacrilegios que se co-

metían en distintos puntos de la republica, eran una espada de dos filos que dividia su corazón; mas obedecia las leyes como buen ciudadano, aunque poseido de mortal tristeza.

Marchita su alma como la flor, que con el tallo que le daba vida es de raíz arrancada, podia decirse que habia muerto segun el estado á que se encontraba reducido. No es necesario encarecer lo que padeció en estas circunstancias, porque basta fijar la vista en ellas para comprenderlo; hasta que el 6 de Enero de este año (1870), día de la adoracion de los Santos Reyes, volvió á ser atacado de un dolor que padecia, proveniente de treinta años de diarrea que amagó de muerte su existencia; en vano se apuraron los recursos de la ciencia para sanarlo; los mismos remedios que se le aplicaban, predisponian suficiente para otro mal no ménos grave é incurable. Las muchas pécas que se hicieron por su vida, consiguieron solo que se prolongara algunos días más; pero á principios de este mes, fué atacado de nuevo sin esperanza de remedio.

Muy de antemano tenia arregladas todas sus cosas, y esperaba solo como Job ser llamado de Dios para responder con prontitud y voluntad. En el tiempo en que estuvo en

fermo y ya en los últimos días de su vida, recibió al Santísimo Sacramento, como Sagrado Viático, con la solemnidad posible y con la abundancia de lágrimas que derramaba siempre al celebrar el santo sacrificio de la misa. Un gran número de personas de las primeras clases sociales, lo mismo que otras de las medias y del pueblo, concurrieron á este solemne acto, el más augusto de nuestra religión, que por desgracia solo pudo desplegar su magnificencia en el templo, sacristía y pieza del enfermo, en que se dispuso un humilde altar para que descansara el Dios Omnipotente, que hace alarde de dispensar á la humana miseria lo más fino de su amor, volando á visitarle en su lecho de agonía. Oprimido el paciente con el peso inmenso de la grandeza del Señor que tenía delante, no ménos que de la gratitud á sus beneficios, no hay frases con que explicar los sentimientos de su corazón, ni la elevación de su espíritu, cuando el padre que le llevó el Viático, tomó la Hostia en sus manos para que en la real presencia de Cristo, ratificase su profesión de fé, que lo puso en posesión de Dios, al recibir la sagrada Comunión. Si en las diarias que hacía celebrando la santa misa, la llama del

amor divino abrasaba su corazón, ¿á qué altura subiría esa llama en los momentos solemnes en que, todo era un soplo vehemente que la atizaba? Se le aplicaron la Extrema-Únion y las indulgencias que guarda la Iglesia en sus tesoros, para satisfacer como buena madre las deudas temporales de sus hijos; y concluido aquel grandioso acto, se retiraron todos dejando solo al enfermo, que abrazado de Jesucristo, bebía hasta embriagarse en la fuente de delicias que ha reservado en el sacramento del amor, á quienes le son agradecidos. El testimonio de la conciencia que al acercarse la muerte es al pecador un juez severo, cuya mirada aterradora le espanta y le condena, fué para el P. Huesca un fiel centinela que impedía el paso á toda idea funesta que se atreviese á perturbar su paz, á acibarar el inmenso gozo que en tal instante le arrobaba y le poseía. Su corazón era el de San Pablo, que animado del valor de la caridad, desafiaba la tribulación, la indigencia, la persecución, la amenaza y aún la misma muerte, seguro de que nada sería bastante para separarle de Cristo. Pocos días ántes de espirar conoció su muerte, é hizo llamar á su familia y adictos, para despedirse y darles encomien-

das, anunciando que era llegado el momento terrible en que el supremo Juez de vivos y muertos, iba ya á juzgar su alma. El cristiano, sea cual fuere el estado de su vida, no puede ahogar los sentimientos que la religion agita entónces en su pecho; el hombre arreglado se agita más en sus propósitos, se le allanan los caminos de la virtud, y se empeña en ser santo á toda costa; el vicioso, sobreco-gido de espanto al grito aterrador de la conciencia, detiene el paso en la carrera de sus desórdenes, siente un impulso extraordinario que apenas puede resistir, y sin querer lanza un suspiro envidiando la suerte del ejemplar sacerdote que muere. Los eclesiásticos se dan prisa en aquellos preciosos momentos para asistir á su compañero y amigo; que fijando la vista en el cielo, su verdadera patria, en esa mansion de delicias por la que tanto habia suspirado y en la que tiempo ha tuvo puesto su corazon; terminó su carrera mortal á la una de la mañana del memorable día 4 de Febrero de 1870, y á los 56 años, dos meses, ménos quince días de su edad, rezando, en latin, la Letania Lauretana, é invocando el amparo de los Sagrados Corazones de Jesus y de María, en su advocacion de Rimini, con cuya mi-

lagrosa imagen espiró, puesta en un relicario sobre el pecho: cuya bendicion fué el último acto de su ministerio, y cuya devocion encargó se extendiese, como muy eficaz para la hora de la muerte, despues de haber colocado personalmente en diversos templos de la nacion, más de tres mil cuadros relativos á Jesus y Maria. con una pompa no comun, en medio de ovaciones sin cuento, conmovedoramente expresadas en estos últimos días, por la devota clase indigena del pueblo de San Aparicio.

El sentimiento de su muerte es general, y la lloran inconsolables los que quedan sin tan buen padre, los que pierden en él al director de sus conciencias, al bienhechor que socorria sus necesidades, al amigo fiel que hacia suyas las aflicciones ajenas, al oráculo á quien se consultaba en los negocios más importantes, al hombre que en las necesidades públicas y privadas era la garantía salvadora de la más complicada situacion, al que como San Pablo, en fin, era todo para todos.

Mirad, pues, esas preciosas, exquisitas y fragantes flores, regadas no con rocío sino con lágrimas, y derramadas sobre el féretro, con tal abundancia, que más bien parece el túm-

lo un ameno jardin: ved al niño al anciano,
la doncella y la viuda, las edades todas venir
á besar reverentes esos piés preciosísimos del
gran sacerdote, que incansables corrieron por
la senda del mundo, buscando al pecador, fa-
voreciendo al miserable, haciendo bien á to-
dos, y poned sobre su losa sepulcral, este sen-
cillo pero elocuente epitafio;

“Siempre hizo bienes y vivió cubierto
De bendiciones, y de amor profundo;
Cuantos le conocieron en el mundo,
Vivo le amaron y le lloran muerto.”

J. A. E.

CAPITULO XII.

*De los aumentos y perfeccion que ha tenido el
convento de Oaxaca, de la Veracruz y de A-
tlisco.*

Habiéndose tratado en el capítulo X del
Estado 2.º el modo con que se fundó el con-
vento de la ciudad de Oaxaca, en cuya habi-
tacion pobre vivieron los religiosos mucho
tiempo: despues por los años de 1646 se em-
pezó á perfeccionar, y á sacarlo para la ciu-
dad, porque ántes estaba la vivienda dentro
de un patio grande donde está el pozo de S.

Crónica, Tom. II 41